

ráneas; supone la sustracción del horizonte de inteligibilidad capitalista. En el planteamiento de Andrea no está el *acto*, sino la *actividad*, o mejor, el *hacer*, siempre acompañado de los verbos *alterar*, *fisurar*, *tensionar*, *tejer*, *componer*, *transformar*, *torsionar*, *desestabilizar*, *desplazar*, *subvertir* o *interrumpir*.

Los presupuestos de su planteamiento sobre la imaginación material la llevan a desestimar la explicación causal como método. De ahí la necesidad, pues, que atraviesa su obra, la de buscar otras metodologías. A modo de sentencia, podríamos resumir este planteamiento como sigue: la imagen no se puede predecir, pero se puede trabajar. Por ello presta atención al concepto de ficción, a la potencia política y creativa de la ficción. Las concepciones clásicas de la ficción han equiparado el concepto al de mundo imaginario, creado por la imaginación creadora y productora. La representación de la ficción entendida como un lugar artístico que representa un mundo, lo que habitualmente se llama «un mundo de ficción», algo que nos traslada a un exterior, a un allí. Por el contrario, Andrea piensa el trabajo de la ficción desde sus modalidades de funcionamiento, sus operaciones y el lugar que tiene en los modos de producir formas de vida.

Quizás pueda sorprender que se introduzca el concepto de trabajo referido a las imágenes, pero su uso responde a su decidida pretensión de desestabilizar la propia noción de trabajo cuando se encuentra con la alteración en la comprensión de los modos de hacer que nos propone. El trabajo, entonces, no entendido en su sentido *faber*, de fabricación, como realización de un producto, sino referido a las elaboraciones que son necesarias sostener en los modos de hacer, en las maneras de producir y en las operaciones que componen una escena de apariencia. He aquí la invitación de Andrea: producir desajustes en el campo de lo sensible.

Referencias bibliográficas

- FOUCAULT, Michel (1995). *Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.
- (1999). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- RANCIÈRE, Jacques (2022). *El trabajo de las imágenes: Conversaciones con Andrea Soto Calderón*. Madrid: Casus Belli.
- SOTO CALDERÓN, Andrea (2020). *La performatividad de las imágenes*. Santiago de Chile: Metales Pesados.
- ŽIŽEK, Slavoj (2001). *El sujeto espinoso*. Madrid: Paidós.

Antonio Gómez Villar

Universitat de Barcelona

<https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.1492>



© del autor

CANO, Germán (2023)

Mark Fisher: Los espectros del tardocapitalismo

Barcelona: Gedisa, 149 p.

ISBN 978-84-19406-00-2

La obra de Germán Cano sobre el pensamiento de Mark Fisher va más allá de ser una biografía o un comentario erudito con el objetivo de introducir las ideas del

autor británico en el museo de los grandes teóricos contemporáneos. Su finalidad, más militante que académica, no trasgrede el espíritu de un Fisher que mantuvo una

relación compleja y enormemente tensa con la institución académica. Fisher le permite a Cano ampliar el foco y cartografiar el espíritu de nuestra época. Un tiempo histórico que, con alguna continuidad, es bien diferente al dibujado por el pensador que popularizó la expresión *realismo capitalista*.

Si este libro tiene la peculiaridad de ir más allá del pensamiento del autor británico es porque Cano se sirve de un autor que «capturaba por el pescuezo el espíritu del tiempo y llevaba a la nueva esfera pública contemporánea cuestiones teóricas de calado» (p. 21), para mirar de frente y sin trampantojos una coyuntura histórica, la del neoliberalismo en su fase actual, que ya no es capaz de esconder la naturaleza de su poder bajo el fino diseño de máscaras preciosas. Esta situación ha desencadenado toda una rabia autoritaria revestida de una falsa «libertad» que, en términos de una autora apreciada y citada por Fisher, Wendy Brown, supone la recomposición internacional del supremacismo blanco masculino: «Su sujeto aborrece la democracia a la que responsabiliza por sus heridas y busca demolerla mientras cae» (Brown, 2021: 239).

Esta idea de pensar a Fisher más allá del autor británico consiste en tomar la sugerente caja de herramientas con las que un *outsider* académico cartografiaba la atmósfera del realismo capitalista, merced de guiarnos por un mundo caótico y desordenado en el que durante los últimos años hemos vivido acontecimientos como la pandemia mundial de la covid-19, el intento de asalto al Capitolio en Washington por seguidores del ultraderechista Donald Trump, el ataque a las instituciones democráticas brasileñas por los seguidores del también ultraderechista Jair Bolsonaro, la caída del dogma del neoliberalismo más feroz impulsado por la ex primera ministra del Reino Unido Liz Truss o la invasión de Ucrania perpetrada por la Rusia de Vladimir Putin.

El libro de Cano es el resultado de una serie de trabajos previos, de encuentros colectivos, de conversaciones distendidas. En definitiva, es la culminación de un largo proceso de pensamiento que el autor fue poco a poco tejiendo en formato de cursos impartidos en la madrileña librería La Central, con títulos como «La lenta cancelación del futuro: Bloqueos de la imaginación política en el siglo XXI», entre febrero y marzo de 2021; «La estafa del regreso: Memoria, restauración cultural y melancolía política en el siglo XXI», entre septiembre y noviembre de 2021, o «Cuerpos eclécticos: El modernismo popular en la cultura contemporánea», entre enero y marzo de 2022.

La preocupación política y cultural de Fisher, que si bien no es del todo novedosa, pues se nutre de autores contemporáneos como Fredric Jameson, Slavoj Žižek o Wendy Brown, es la de nuestra coyuntura histórica; a saber, la de una atmósfera cultural de cierta inercia y repetición, donde es difícil imaginar la contaminación entre la alta cultura y la cultura popular, como pensaban algunos de los primeros integrantes de los conocidos Estudios Culturales. A diferencia de un Terry Eagleton que observa la hegemonía de la cultura de masas como la implosión de cualquier alternativa modernista y popular al capitalismo dominante: «es un arte sin profundidad, descentrado, sin fundamentos, autorreflexivo, juguetero, derivado, ecléctico, pluralista que rompe con las fronteras entre cultura “alta” y cultura “popular” tanto como entre el arte y la experiencia cotidiana» (Eagleton, 1997: 12); Fisher, como señala Cano, veía en la cultura de masas de las primeras décadas tras la Segunda Guerra Mundial un producto sofisticado e inteligente que poco tenía que envidiar a la alta cultura, pero que, en la estructura de lo que llama *realismo capitalista*, podemos apreciar la desaparición de esta ambiciosa tarea de la clase trabajadora por conformar productos cultura-

les que excedan la abigarrada estética burguesa (p. 86).

Con la expresión *realismo capitalista*, Fisher quiere dar cuenta de la estructura de sentimiento —parafraseando a Raymond Williams— de un periodo histórico «pospolítico» que, tras la caída del Muro de Berlín, se ve impelido a una repetición continua y anodina de ritmos, productos y experiencias que generan una inercia gravitacional asfixiante que ahoga cualquier posibilidad de imaginación política, fundamentalmente en la esfera cultural. Esta atmósfera, como señala Cano, de «aceleración regresiva» y de inercia asfixiante ha delineado un nuevo cuerpo cínico e insensibilizado al dolor que, a diferencia del cuerpo pesado de los años 30 que podemos describir con la categoría del crítico cultural Siegfried Kracauer de «ornamento masa», como ha mostrado el autor en otros trabajos (Cano, 2020), responde a «un cuerpo energéticamente interpelado a actuar sobre sí mismo y su propio rendimiento desde una paradójica invitación a la ingravidez incesante» (p. 20).

Al considerar el realismo capitalista como una estructura de sentido que impide abrirse a la experiencia del dolor cotidiano, al contagio empático con las personas que nos rodean y satura toda posibilidad de establecer lazos sociales diferentes a los propios del cinismo y descrédito de la lógica cultural del capitalismo avanzado, Fisher entiende la hegemonía del realismo capitalista no por la producción activa de consentimiento, como piensa Gramsci la hegemonía en el periodo de entreguerras, sino como una estructura que «radica más en su capacidad de generar pasividad que en su capacidad de motivar, más en su capacidad de disgregar que en generar voluntad colectiva, más en desmoralizar que en entusiasmar, más en bloquear toda oposición en resignación que en coaccionar» (p. 38). A diferencia de lo contemplado por Fisher, Gramsci entiende la hegemonía

como una estructura que produce la autorregulación subjetiva a través de la conformación del medio. La delineación del medio permite que el sujeto tome sus propias decisiones, en definitiva, la producción activa de la libertad dentro de los confines de la hegemonía (Gramsci, 1984: 282).

Fisher se aproxima a la categoría de la industria cultural puesta en liza por algunos de los integrantes de la Escuela de Frankfurt, además de mostrar su vinculación con la obra del teórico frankfurtiano Herbert Marcuse. En este sentido, es encomiable el esfuerzo que realiza Cano por establecer la relación entre Fisher y uno de los pensadores clásicos del siglo xx defenestrado durante largas décadas, pero enormemente importante para comprender las diatribas desarrolladas por los frankfurtianos, como es Georg Lukács y su obra *Historia y conciencia de clase*, cuyo trabajo cumple la friolera de cien años este 2023: «Esta vuelta de la clase sin conciencia de clase contrasta, ciertamente, con la discusión Lukács-Hartsock no sólo porque lo que falta en ese nuevo regreso melancólico es el impulso proletario por la abolición del trabajo, sino porque se trata de un regreso imaginario, irreal, una nueva fase en donde el realismo capitalista parece despojarse incluso de su —realismo— para sobrevivir» (p. 126).

Es interesante mencionar que la alternativa a esta atmósfera estéticamente narcótica y de fuerte parálisis represiva y cínica de un cuerpo que se quiere ingravido y autosuficiente solo puede alcanzarse mediante un riguroso compromiso, en gran medida dogmático, donde poner en cuestión esta estructura histórica que ha terminado por difuminar su propia historicidad y, por lo tanto, la contingencia y la posible transformación de la misma: «si el realismo capitalista se sostiene en una actitud subjetiva que en el fondo tiene que suspenderse, descreída, respecto a la realidad, sólo una acti-

tud comprometida con tu tiempo puede abrir críticamente huevos» (p. 55).

En suma, el compromiso político de un pensador que vio cómo la posibilidad de activar una crítica modernista y plebeya ante la hegemonía del capitalismo dominante se desmoronaba con la derrota de los mineros frente a la mano de hierro de Margaret Thatcher en 1985, le condujo primero a la CCRU (Cybernetic Culture Research Unit), un grupo de trabajo compuesto por personalidades como Sadie Plant y Nick Land que vieron en la cultura emergente de la cibernética de la década de 1990 una posibilidad para acabar con la estructura acomodaticia en la que se habían instalado los Estudios Culturales dentro de los muros universitarios; hasta convertirse, como señala el autor, en un intelectual orgánico 2.0 tras la ruptura con la CCRU y la publicación de su *Realismo capitalista* poco después de estallar la crisis financiera de 2008: «el mismo fue evolucionando de teórico cibernético crítico de los estudios culturales a un singular intelectual orgánico 2.0 consciente de que había que aprender de la estrategia de los neoliberales e intervenir en las dinámicas de producción social de consenso» (p. 130).

La referencia a Gramsci con la idea del «intelectual orgánico» no es baladí, pues constituye uno de los puntos de anclaje más relevantes que destaca Cano para entender la figura de Fisher tras su marcha de la CCRU y su mayor presencia en el debate público. Fisher, como Gramsci en la década de 1930, se opone a cualquier concepción apologética de la espontaneidad, ya que valora muy positivamente algo que el británico entiende que se ha perdido en estas décadas de impotencia reflexiva y hedonismo depresivo: la verticalidad y el contagio de la cultura, es decir, mantener una posición intermedia entre el miserabilista que se inmuniza frente a la cultura popular y el populista que ensalza acríticamente cualquier expresión de los de abajo. Por el contrario, la posición del intelectual orgánico de

Gramsci, y la posición ecológica cultural de Fisher, es la de mantenerse en un lugar intermedio entre estas dos posiciones equivocadas, que explica la defensa que realiza Fisher de una «Supernanny marxista»; a saber, la de defender un autoritarismo democrático frente al anti-autoritarismo cínico y descreído del neoliberalismo y la posición de una izquierda autoritaria y melancólica a quien le sobra el pueblo.

De este modo, un Fisher que, al nacer en 1968, vio en primera persona la desintegración de la estructura de sentimiento de la clase trabajadora tradicional y del pacto social tras la Segunda Guerra Mundial institucionalizado en el Estado de bienestar, no debe ser visto como un pensador melancólico y triste por lo que pudo ser y no fue. Ahora bien, Fisher insistió infatigablemente, al menos en sus últimos años de vida, en la necesidad de volver a 1968, no para recrearnos melancólicamente en lo que puede ser visto como una derrota histórica por la revolución pasiva llevada a cabo por las fuerzas del neoliberalismo, sino para recuperar las promesas incumplidas y la pulsión utópica de una coyuntura histórica cargada de futuro e imaginación política: «Puesto que las fuerzas autoritarias, disciplinarias, estatales y organizativas contra las que luchó el 68 ya no existen, nuestra imaginación política debe recorrer todo el camino del posfordismo, seguir mirando hacia delante, especialmente cuando parece que no hay nada por delante» (p. 81).

Este «regreso» a los sueños truncados de 1968 en forma de una hauntología, en los términos del filósofo Jacques Derrida, es decir, del asedio de los fantasmas de un pasado que se vuelve ser-presente y que genera una brecha abierta en la estructura de sentimiento del realismo capitalista, que debe ser profundizada para abrir futuros alternativos, muestra sin ambages el compromiso de Fisher por construir puentes entre la teoría

marxista y una alternativa al tardocapitalismo presente: «Este —regreso—, que busca levantar puentes entre la tradición marxista y la imaginación política contracultural, es el modo en el que Fisher sigue tratando de recuperar creativamente las prometedoras contaminaciones perdidas del modernismo popular en la Nueva Izquierda» (p. 118).

Referencias bibliográficas

BROWN, Wendy (2021). *En las ruinas del neoliberalismo: El ascenso de las politi-*

cas antidemocráticas en Occidente. Madrid: Traficantes de Sueños.

CANO, Germán (2020). «La óptica Kra-cauer: La descomposición reaccionaria de las clases medias». En: VILLACAÑAS, J. L. y MAISO, J. (eds.). *Laboratorio Weimar: La crisis de la globalización en Euroamérica (1918-1933)*. Madrid: Tecnos.

EAGLETON, Terry (1997). *Las ilusiones del posmodernismo*. Barcelona: Paidós.

GRAMSCI, Antonio (1984). *Cuadernos de la cárcel*. Vol. 3. Ciudad de México: Era.

David del Pino Díaz

Universidad Nebrija

<https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.1494>



© del autor

SADIN, Éric (2023)

Hacer disidencia

Barcelona: Herder, 248 p.

ISBN 9788425449871

Éric Sadin es ya un filósofo reconocido, y más cuando se trata de plantar cara a los cambios tecnológicos y digitales que se han vivido en los últimos años, los cuales se han acrecentado con una vertiginosa velocidad, casi exponencial, haciendo que nuestro ritmo de vida cotidiano parezca ya obsoleto. En sus artículos y libros anteriores, el autor francés ha dejado clara su oposición a una existencia basada en algoritmos que delegue la ardua tarea de decidir a una inteligencia artificial que, con el benévolo fin de ayudar a la humanidad, acaba por dictaminarle qué hacer (lo que se traduce en qué mercancías comprar, qué consumir y qué distracciones tener). No obstante, aunque lo señala como una *humanidad aumentada*¹ (en la cual el ser humano está en una situación híbrida entre orgánica, mecánica y digi-

tal) y que ya alertaba desde entonces sobre un futuro en que seríamos pasivos en relación con el progreso tecnológico, le faltó definir con precisión cómo debería de ser la resistencia crítica hacia estos fenómenos. Con su nuevo libro, titulado *Hacer disidencia*, pretende responder a dicho cuestionamiento.

Desde el título se puede vislumbrar el tema del texto; esta vez no se dedicará a hacer una exégesis detallada sobre el problema que vivimos (una vida basada en algoritmos que ha olvidado la pregunta por el ser, una existencia en que la técnica impera sobre el hombre), sino que ahondará en la manera en que debemos decir «¡No!», además de la forma colectiva para rechazar el dominio de la técnica y recuperar el aspecto ontológico para así vivir por decisiones autónomas. Este pensa-

1. Éric SADIN (2022), *La humanidad aumentada: La administración digital del mundo*, Buenos Aires, Caja Negra.